



La Santa Sede

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Viernes 1 de noviembre de 2013

Vídeo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La fiesta de *Todos los santos* que celebramos hoy nos recuerda que la meta de nuestra existencia no es la muerte, ¡es el Paraíso! Lo escribe el apóstol Juan: «Aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2). Los santos, los amigos de Dios, nos aseguran que esta promesa no defrauda. En su existencia terrena, en efecto, vivieron en comunión profunda con Dios. Vieron el rostro de Dios en el rostro de los hermanos más pequeños y despreciados, y ahora le contemplan cara a cara en su belleza gloriosa.

Los santos no son superhombres, ni nacieron perfectos. Son como nosotros, como cada uno de nosotros, son personas que antes de alcanzar la gloria del cielo vivieron una vida normal, con alegría y dolores, fatigas y esperanzas. Pero, ¿qué es lo que cambió su vida? Cuando conocieron el amor de Dios, le siguieron con todo el corazón, sin condiciones e hipocresías; gastaron su vida al servicio de los demás, soportaron sufrimientos y adversidades sin odiar y respondiendo al mal con el bien, difundiendo alegría y paz. Esta es la vida de los santos: personas que por amor a Dios no le pusieron condiciones a Él en su vida; no fueron hipócritas; gastaron su vida al servicio de los demás para servir al prójimo; sufrieron muchas adversidades, pero sin odiar. Los santos no odiaron nunca. Comprender bien esto: el amor es de Dios, pero el odio ¿de quién viene? El odio no viene de Dios, sino del diablo. Y los santos se alejaron del diablo; los santos son hombres y

mujeres que tienen la alegría en el corazón y la transmiten a los demás. Nunca odiar, sino servir a los demás, a los más necesitados; rezar y vivir en la alegría. Este es el camino de la santidad.

Ser santos no es un privilegio de pocos, como si alguien hubiera tenido una gran herencia. Todos nosotros en el Bautismo tenemos la herencia de poder llegar a ser santos. La santidad es una vocación para todos. Todos, por lo tanto, estamos llamados a caminar por el camino de la santidad, y esta senda tiene un nombre, un rostro: el rostro de Jesucristo. Él nos enseña a ser santos. En el Evangelio nos muestra el camino: el camino de las Bienaventuranzas (cf. *Mt* 5, 1-12). El Reino de los cielos, en efecto, es para quienes no ponen su seguridad en las cosas, sino en el amor de Dios; para quienes tienen un corazón sencillo, humilde, no presumen ser justos y no juzgan a los demás, quienes saben alegrarse con quien se alegra, no son violentos sino misericordiosos y buscan ser artífices de reconciliación y de paz. El santo, la santa, es artífice de reconciliación y de paz; ayuda siempre a la gente a reconciliarse y ayuda siempre a fin de que haya paz. Y así es hermosa la santidad; es un hermoso camino.

Hoy, en esta fiesta, los santos nos dan un mensaje. Nos dicen: fíaos del Señor, porque el Señor no defrauda. No decepciona nunca, es un buen amigo siempre a nuestro lado. Con su testimonio, los santos nos alientan a no tener miedo de ir a contra corriente o de ser incomprendidos y escarnecidos cuando hablamos de Él y del Evangelio; nos demuestran con su vida que quien permanece fiel a Dios y a su Palabra experimenta ya en esta tierra el consuelo de su amor y luego el «céntuplo» en la eternidad. Esto es lo que esperamos y pedimos al Señor para nuestros hermanos y hermanas difuntos. Con sabiduría la Iglesia ha puesto en estrecha secuencia la fiesta de *Todos los santos* y la *conmemoración de Todos los fieles difuntos*. A nuestra oración de alabanza a Dios y de veneración de los espíritus bienaventurados se une la oración de sufragio por cuantos nos precedieron en el paso de este mundo a la vida eterna.

Confiemos nuestra oración a la intercesión de María, Reina de Todos los santos.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos con afecto, especialmente a las familias, a los grupos parroquiales y las asociaciones.

Un caluroso saludo dirijo a quienes han participado esta mañana en la *Carrera de los santos*, organizada por la Fundación «Don Bosco en el mundo». San Pablo diría que toda la vida del cristiano es una «carrera» para conquistar el premio de la santidad: vosotros nos dais un buen

ejemplo. ¡Gracias por esta carrera!

Esta tarde iré al cementerio del Verano y celebraré la santa misa. Estaré unido espiritualmente a quienes en estos días visitan los cementerios, donde duermen quienes nos precedieron bajo el signo de la fe y esperan el día de la resurrección. Rezaré en particular por las víctimas de la violencia, especialmente por los cristianos que perdieron la vida a causa de las persecuciones. Rezaré también de modo especial por quienes, hermanos y hermanas nuestros, hombres, mujeres y niños murieron de sed, hambre y fatiga en el trayecto para alcanzar una condición de vida mejor. En estos días hemos visto en los periódicos esa imagen cruel del desierto: hagamos todos, en silencio, una oración por estos hermanos y hermanas nuestros.

A todos deseo una feliz fiesta de Todos los santos. ¡Hasta la vista y buen almuerzo!